

lo menciona, los franceses han sido vencidos en Zacualtipam, en Álamos y Mazatlán, y Douay tuvo que retirarse en Atenuique. Para pasar la intervencion al otro lado de las Barrancas, fué precisa la defeccion de uno de los gefes de la República.

Pero esta tambien habia sufrido graves pérdidas. La derrota de Matehuala, por ejemplo, habia sembrado un profundo desaliento en todos los ánimos.

Y sin embargo, en unos cuantos meses habia vuelto á turbarse la calma que se sintiera por un momento. Los franceses eran dueños tan solo del terreno que pisaban.

En Veracruz, Alatorre, Parra y García mantenian la insurreccion. Juan Francisco permanecia intacto con sus fuerzas en la sierra de Puebla.

Carbajal, Cuellar, Benavides y Tellez espedicionaban desde Huachinango hasta las poblaciones mas centrales del Estado de Puebla.

Michoacan y el Sur de México estaban completamente incendiados, menos cuatro ó cinco ciudades.

En San Luis Potosí solo la capital permanecía tranquila bajo la intervencion: lo demas del Estado lo ocupaban las tropas nacionales.

Zacatecas y Jalisco estaban casi todos ocupados por las fuerzas republicanas.

En todo Oaxaca imperaban los liberales.

En fin, pueden calcularse las fuerzas que sostenian aún al gobierno constitucional de Juarez, en cuarenta y tres mil hombres, segun los datos oficiales de aquella época.

No era, pues, cuestion de gendarmería, segun habia dicho la *Estafeta*, sino de hacer muchas campañas y bien sostenidas, porque algunas de ellas se habian perdido, y en poder de los liberales habia muchos prisioneros, lo cual desmiente la reputacion de invulnerables que ha querido dar Kératry al ejército francés.

Bazaine, atendiendo á esta situacion tan angustiosa, se dispuso sériamente á hacer la campaña de Oaxaca personalmente.

Castagny lentamente avanzaba sobre Chihuahua.

¿Qué habia acontecido al gobierno del Sr. Juarez?

Desbaratada la rebelion de Vidaurri, el gobierno se estableció en Monterey desde los primeros dias de Abril de 1864, adonde permaneció hasta Agosto del mismo año.

Cada dia se me estrecha mas el espacio: no puedo seguir paso á paso á ese gobierno fugitivo, rodeado de asechanzas y pobre, pero que era aun la única esperanza de salvacion del país. Mientras existiera, la Francia no podia estar tranquila, porque no podia legalmente erigir un nuevo orden de cosas, cuando estaba aun en pié la fórmula legal de la República.

El dia 15 de Agosto salió Juarez de Monterey á las tres de la tarde.

Quiroga, perdonado por el gobierno, estaba en la plaza. Y al ver la terrible situacion en que se encontraba el poder republicano, quiso intentar un golpe de mano que acabara con el gefe supremo de la nacion, con lo cual creia ganar una alta posicion en el imperio.

En la mañana del mismo dia 15 tiroteó á la fuerza insignificante que habia quedado en la ciudad. Y en la mañana del dia 16 se arrojó sobre el carruaje del presidente, que habia pernoctado á cuatro leguas de Monterey. La pequeña escolta de Juarez se batió con decision, con rabia, y rechazó al traidor.

Quiroga tomó á Monterey, se declaró gobernador sustituto de Nuevo-Leon: entonces Vidaurri volvió á su lado. Pero Castagny, que habia salido hacia dias del Saltillo, ocupó á Monterey, remitió á México á Vidaurri y Quiroga,

y nombró las autoridades locales, conminando con la pena de seis meses de prision á los que no aceptaran el encargo.

El gobierno, entretanto, se retiraba lentamente por el camino de Monelova: las dos divisiones del ejército republicano que quedaban aun, marchaban á su vez á reunirse al gobierno.

Ese grupo de hombres que llevaban con tanto brío la bandera nacional, siguieron marchando aun, haciendo una peregrinacion de trescientas leguas, recorriendo los Estados de Coahuila, Durango y Chihuahua.

Dos veces avanzó una fuerza francesa sobre aquel grupo, y dos veces retrocedió de una manera inesplicable.

No puedo escribir en todos sus detalles la epopeya de esa última faz de nuestra historia: acaso fué menos gloriosa la retirada de Jenofonte.

Pero sí me detendré, aunque brevemente, dos veces en ese camino, para enarrar dos episodios tiernísimos que dejaron un recuerdo indeleble en los que los presenciaron.

El dia 15 de Setiembre de 1864, mientras celebraban los que habian entregado á su patria el aniversario de la Independencia en la capital de México y demas poblaciones ocupadas por los invasores, en el pequeño pueblo denominado la Noria Pedriseña, perdido allá en nuestra frontera occidental, el gobierno republicano tambien solemnizaba ese recuerdo nacional.

En la pequeña capilla del pueblo, reunidos aquellos hombres, llenos de fé y sin que los agobiara la desgracia, oian las palabras llenas de entusiasmo patriótico de Manuel Ruiz.

¡Pobres desterrados, que batidos como fieras por el extranjero, pisando los últimos girones del suelo libre de México, tenían aun una invocacion que lanzar á la bandera de Iguala!

Al dia siguiente se pusieron en camino, pernoctando en la hacienda del Sobaco.

Era el 16 de Setiembre, dia tambien consagrado á un aniversario patriótico.

El gobierno lo celebró tambien con una magestuosa sencillez, al aire libre, cerca de la puerta de la hacienda. Juárez, sus ministros, algunos liberales que lo acompañaban y los soldados del batallon de Guanajuato y de la escolta del presidente: hé aquí toda la comitiva.

¿Qué habia quedado de tanta protesta contra la intervencion? ¿Adónde estaba tanto patriota que habia jurado morir defendiendo la independencia de la patria? ¿Adónde se hallaban los que se habian enriquecido á la sombra de la República?

La defeccion habia aclarado las filas republicanas, y muchos se sentaban ya sin rubor á la mesa imperial.

Solo aquel grupo permanecia fiel: y en aquel desierto invocaba los manes de nuestros héroes, como un grupo de druidas que entonaran su cántico de guerra contra los romanos, al pié del dólmen erigido en el bosque sagrado.

El campo adonde se celebraba aquel aniversario era un anfiteatro formado por un semicírculo de montañas que lo limitaban por un lado: al otro corria el Nazas. La luna se levantaba en el horizonte, como si obsequiara la plegaria de la sacerdotiza, recortando fuertemente las líneas sombrías de la montaña, y rielando en las móviles ondas del rio.

Aquel cuadro era grandioso.

Los patricios tomaron asiento como en un Consejo de Natchets: solo uno de ellos permaneció en pié.

Era Guillermo Prieto, el trovador nacional, que seguia leal y lleno de patriotismo la estela de nuestra mala fortuna.

Era el orador nombrado para el discurso alusivo. ¿Conocen mis lectores á Prieto?

De una talla regular, de un busto redondeado por la grasa, con unas bellísimas manos, que deforma el poco aseo que

con ellas tiene, la figura de Prieto está en perfecta disonancia con su alma de poeta. Aquel rostro animado, pero común, es un sarcasmo en un trovador. Sus carrillos gruesos y laxos bajan hasta el cuello rebosando sobre la corbata, como una masa blanda que se apretara en el hueco la mano y saliera entre los dedos. Sus ojos pequeños centellean detrás de los cristales de sus anteojos de patillas de oro, y su boca grande y mal cubriendo una pésima dentadura, está siempre dilatada por la mas franca de las sonrisas.

Pero Prieto es todo corazon: es el hombre que siente mas que piensa, de impresiones rápidas, pero profundas, y que recibe el último giro que se le imprime con solo tocar su sentimiento: este le ha reportado la imputacion de inconsecuencia; pero es una mala apreciacion, como todas las que hacen los contemporáneos. Y en último análisis, Prieto es un gran poeta, un buen orador y un excelente patriota.

De la garganta de aquel hombre salia un torrente de elocuencia: el tribuno estaba á la altura de la situacion en aquella tiernísima solemnidad.

Aquel cuadro era digno de la pluma de Lamartine, del buril de Doré.

Al dia siguiente llegó el gobierno á Nazas, adonde se resolvió á aguardar las operaciones de la campaña que iba á abrirse.

Se pensó atacar á la fuerza francesa desprendida de la guarnicion de Durango.

El encuentro tuvo lugar cerca de la hacienda de la Estanzuela.

Patoni ocupó el cerro de Majoma, Alcalde la llanura, y Carbajal se arrojó, á la descubierta, sobre la columna francesa.

Los franceses tomaron la iniciativa concentrando su ataque sobre Majoma: así nivelaron sus fuerzas, porque solo se batieron 800 hombres del ejército nacional.

El coronel Martin, que mandaba la columna francesa, murió á los primeros disparos, dividido por una bala de cañon.

El ataque fué impetuoso y terrible, y los zuavos fueron rechazados tres veces.

La posicion del cerro la defendia el general Gaspar Sanchez Ochoa, ese jóven soldado, el tipo del valor y de la caballerosidad, tan demócrata, tan instruido, tan leal con su patria y su bandera.

Ya millares de veces lo habian encontrado á su frente los franceses, siempre victorioso, siempre desafiando la muerte con la sonrisa en los labios, y desde la paralela de Puebla que quitó al sitiador hasta los campos lejanos de Chihuahua y Sonora, iba á arrancarles la victoria.

Patoni, Ojinaga, Fernandez, todos se batian brillantemente. Castro y Aranda quedaron gravemente heridos.

Al fin se perdió el cerro de Majoma, y el resto de las fuerzas mexicanas tuvo que retirarse, despues de haber combatido de una manera heróica.

Apesar de haberse efectuado la retirada en un órden perfecto y con tal brío que los franceses no se atrevieron á molestar á los liberales en la noche de ese dia, 21 de Setiembre de 1864, se desbandó una parte de la fuerza, quedando disuelto así el ejército de Occidente.

El general Sanchez Ochoa ordenó aquella retirada, salvando batería y media, casi arrastrando las piezas á brazos de sus soldados.

El gobierno entónces se retiró hasta Chihuahua, haciendo su entrada á la capital del Estado el dia 12 de Octubre de 1864 á las cinco de la tarde.

El pueblo se empeñó en recibir al presidente Juarez al pié del monumento de Hidalgo, levantado cerca del sitio adonde fué fusilado por los españoles el anciano mártir de Dolores.

Con pesar refreno mi pluma y me abstengo de entrar en todos los detalles de la lucha que desde entónces continuó en todos los ámbitos de la República. Pero un oscuro anotador no tiene pretensiones de escribir historia.

Solo tengo que tocar ahora un incidente, el golpe de Estado de Noviembre.

El general Gonzalez Ortega, presidente constitucional de la Corte de Justicia, se dirigió al ministerio de relaciones exteriores y gobernacion, pretendiendo que el período constitucional de Juarez terminaba el 30 de Noviembre. En tal virtud pedia encargarse del mando supremo, protestando siempre, que solo cumplia con un deber de conciencia, exigiendo que se fijara la inteligencia de los preceptos constitucionales.

Lerdo de Tejada, ministro de relaciones, contestó hábilmente dicha nota, y dió un perfecto disfraz, (ó ropage, lo que se quiera) de legalidad á la prorogacion del período presidencial, sosteniendo que este terminaba hasta 30 de Noviembre de 1865.

Yo no quiero perder las páginas tan pocas de que dispongo para debatir este punto. El gabinete tendria acaso razon en aquel momento, pero no la tuvo prorogando su dictadura mas allá de 1865, segun su propio argumento.

Pero si fué un error ó una violacion constitucional, el hecho es que con ella se salvó el país. Si Juarez abdica en aquellos momentos dificiles, se hubiera roto el lazo de union entre los defensores de la nacionalidad mexicana, se pierde la bandera de la República, y se hubieran hecho á la vez imposibles las buenas relaciones de la Casa Blanca con el gobierno constitucional, con lo cual hubiera perdido nuestra causa el principal de sus apoyos.

El gobierno mexicano se estableció en Chihuahua definitivamente, hasta el 5 de Agosto de 1865, dia en que salió para Paso del Norte, adonde llegó el 14 del mismo mes.

Desde allí continuó organizando la defensa del país sin desmayar ante los desastres de sus fuerzas, ni con las penurias de la situacion.

Allí tenemos que abandonarlo para tornar la vista á Maximiliano.

Estas bruscas transiciones me obligarán á mi vez á cometer las supresiones de que he acusado á Kératry: pero siempre las lagunas que haya en esta historia serán menores.